

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

### CONSIDERACIONES SOBRE LA NOVELA

**L**A novela francesa atraviesa por una crisis que no es suficiente para explicar la disminución que sufre actualmente toda la producción literaria—disminución por lo demás necesaria—después de un largo período de inflación. Este género adolece, hoy por hoy, de dificultades que le son peculiares y cuyo origen se remonta, a nuestro entender, a una época bastante anterior a la nube de pretensiones que provocó la guerra. Sin duda fué hacia la novela donde la mediocridad se dirigió de preferencia durante el período que se acaba de cerrar, y en el cual un público extenso y mediocre también se había arrogado el derecho de juzgar el talento. La novela parecía entonces ofrecerse a todas las pretensiones como el único género que dispensaba a sus cultivadores de aportar algo que valiera la pena a las Letras, prestándose mejor que ningún otro para hacer las delicias del gran público. Pero la crisis actual de la novela se relaciona con un abuso, o más bien dicho, con una «desviación» de este género, que el uso había consagrado en Francia con mucha anterioridad a la era de confusión y de excesos de que nos ha costado tantos esfuerzos desprendernos.

-----

La etimología puede aquí servirnos de ayuda. La palabra «romance» (1) es ciertamente una de las más antiguas de nuestra lengua; aun puede decirse que la precedió, ya que sirvió en un comienzo para designar el lenguaje de donde proviene el francés. «Latín corrompido, latín vulgar» rezan los diccionarios;

(1) Hemos traducido el término «romain» en su sentido etimológico.—  
(N. del T.)

digamos, más bien, lenguaje del público, lengua acomodada a las relaciones diarias, y que las Letras desdeñaron. No del todo, sin embargo. En romance, lengua del gran número, se escriben ciertas obras dirigidas a la masa, narraciones que no tienen otro objeto que distraer al público, obras que respondían propiamente a la necesidad de reposo del hombre, y que por extensión son llamadas romances.

De esta manera, en una época en que el latín era la lengua de los que ambicionaban la duración en el tiempo, los cuentistas, que sólo se proponían distraer a los hombres de su tiempo, se servían de la lengua vulgar. Tal modestia nos parece hoy inexplicable. Debemos reconocer, sin embargo, que en las literaturas anteriores a la nuestra, la narración a base de imágenes, que debía transformarse en la fórmula moderna de la novela, no tenía un lugar especial. Ciertamente que al oponer la ficción a los otros modos de expresión del pensamiento o de la emoción, no pretendo, rehusarle el derecho de ciudadanía entre las letras; quiero decir solamente que los antiguos distinguían, con mucho más franqueza que nosotros, lo que distrae al hombre de lo que lo educa y que no ponían en duda que el escritor debiera escoger entre el favor del público y las coronas del espíritu.

Llegar a interesar a la masa con los personajes nacidos de su imaginación, gozar de la notoriedad que les procuraba una perfecta adaptación de sus narraciones al gusto de su época, debía, por lo demás, satisfacer las ambiciones de los cuentistas. No rechazo la idea de que algunos hayan comprendido que la ventaja de hacerse accesible al número se paga con una especie de privación de la gloria literaria, o mejor dicho, que el escritor debe renunciar a la duración en el tiempo en la medida que se sacrifique a lo actual. No dejaron de presentir lo que la observación, debía, con el tiempo, enseñarnos sobre la caducidad de la novela; a los menos aceptaron sin oposición que entre su tiempo y la posteridad debían decidirse a escoger. Pues bien, la resistencia opuesta por los novelistas a esta elección necesaria, en el curso de los últimos períodos de nuestra literatura, es a nuestro juicio, la causa de la crisis actual de la novela.

---

Puede aquí creerse a un hombre que, durante más de veinte años, ha sido el confidente de sus proyectos y el testigo de sus vacilaciones: (1) todos los novelistas están expuestos a la ten-

---

(1) Se refiere el autor a su condición de editor de los principales escritores franceses.

tación de agradar al gran número, desde los mediocres que deberían contentarse con ello, hasta aquellos cuya manera no está acomodada del todo al gusto de una época y que no podrían, a lo menos en vida, alcanzar un gran auditorio. No es sino por lo más natural esta pretensión que les es común; y ninguno dudaría al tener que decidirse fuera por la gloria literaria, resignándose a esperarla, fuera, por el contrario, por las ventajas de una notoriedad rápida, renunciando todas las ventajas que ésta acarrea, a las consagraciones reservadas al espíritu. Pero la mayoría de los novelistas de nuestros días no entienden renunciar ni al provecho ni a la gloria y algunos van hasta reivindicar ciertos derechos a la inmortalidad cuando ni siquiera llegaron a distraer a sus contemporáneos.

Distraer: es esta la palabra que debe retenerse. Parece, en efecto, que la inteligencia y a veces el genio se emplearan en Francia, desde hace tiempo, en desviar este género de su finalidad que es esencialmente distraer a una generación. Distraer ¿no quiere decir desligar al hombre de sus preocupaciones y de sus diligencias, haciéndoles experimentar las preocupaciones de seres imaginarios y asociándolos a ellas? ¿Y no es este el objeto mismo de la novela? O mejor dicho, ¿la atracción de este género, no reposa en el hecho de que nos permite olvidar nuestra persona en la de personajes ficticios y nos ofrece otras vías para reposar de la nuestra? Otras vidas, seres vivos: he aquí, en el orden que nos preocupa, palabras esenciales. Pienso aún que esta desviación a la cual atribuyo las dificultades porque atraviesa la novela, no se explica en sí misma sino porque una larga serie de generaciones literarias descuidó el objeto propio de la novela que es crear la vida. «Hacer competencia al estado civil», decía ya Balzac, entendiendo por esto defender lo esencial de un género que su genio ilustró, como si presintiera los rarísimos empleos que después de él se le daría.

¿Cuáles fueron las primeras usurpaciones que tuvo que sufrir la novela? ¿Cómo debutó esta «ocupación» de un género por todos los otros, hecho dominante en las Letras, en Francia, desde hace más de cincuenta años? No es nuestro intento hacer aquí tal búsqueda. Dejaremos a otros el trabajo de decirnos si es a las inquietudes de un Rousseau o al poema inmortal Adolfo al que conviene entroncar las Confesiones, impropriamente llamadas «novelas», que jalonearon el siglo último y a las cuales nuestro tiempo parece haber dado un nuevo brillo. El repliegue sobre el «yo» no es, por lo demás, incompatible con la forma novelesca; puede resultar un ser nuevo, pues siempre somos, en alguna manera, los novelistas de nosotros mismos. Por eso re-

servaremos nuestra preocupación a más graves acometidas que amenazan la existencia de la novela, descuidando o mejor, negando su rol que es el de dar nacimiento a seres vivos.

La novela a base de ideas! Es de esta absurda pretensión de donde proviene el mal que hoy día sufre todo un género. Dar un nombre a personajes sin pensar que previamente había que engendrarlos, prestarles actitudes, o a lo menos un lenguaje, antes de haber podido darles la vida, muchas veces por incapacidad, hacerlos hablar y actuar, tener éxito o fracasar, con el único fin de defender o de combatir una tesis: es a esta vana tarea a la que se dedican hoy día, muchos hombres cuyas dotes, bien dirigidas, hubieran podido tal vez servir a las Letras! «Deseo de publicidad», dirán algunos. ¿Apropiación de la forma novelesca para llegar hasta un público que se apartaría de la expresión desnuda del pensamiento? No necesariamente. Este empleo abusivo de la novela, se explica en parte, por error. «No es todo tener espíritu, escribe Gracián, es necesario, además, el genio». Los mejores pueden, en efecto, desconocer la dirección natural de su instinto creador.

El día en que algunos, diciéndose novelistas, se creyeron dispensados de crear la vida, entregaron el género por ellos invadido a todos los que tenían, o creían tener, algo que decir. No se podría hacer un recuento de todos los moralistas, historiadores, psicólogos, periodistas, sabios o poetas que en nuestro tiempo la novela desvió del uso útil de sus dones. Y, como se ve, no tomo en cuenta sino a los extraviados, sin referirme, como tendría derecho a hacerlo, a los imitadores y plagiadores.



Los mejores, sostengo, se equivocaron y se equivocan todavía, arrastrando en su error a todos los que sus éxitos atrajeron. Estos últimos, los discípulos, se maravillan todavía de la habilidad que debieron desplegar, para disfrazar su incompetencia, aquellos que fueron tomados como modelos, habilidad puramente profesional, adquirida por el uso, y a la cual en todos los oficios, se da el nombre de técnica. Pero el público mismo que no tiene sino técnicas que desarrollar está comenzando a encabritarse. Yo creo, por mi parte, que de esto mismo vendrá la salvación y que, por lo tanto, aquellos que pretenden ocupar algún rol en las Letras no tendrán sino que seguir el instinto del número.

No será sin lucha que el buen sentido se impondrá. Ciertas posiciones serán asperamente defendidas y aun debemos espe-

rar las más violentas reacciones de todos aquellos que por la «ocupación» ganaron sino la gloria, la notoriedad. En una entrevista que uno de éstos concedía hace poco a un periodista, declaraba que se regocijaba en acercar la novela de la historia y que, por su parte, hacía suyos los métodos de los historiadores. Que manera más desenvuelta para negar la inspiración del novelista. ¿No es esto, propiamente, confundir las fuentes de la novela con su desarrollo? La novela es tanto, historia como pudiera ser moral, o ciencia, o poesía, o medicina; la novela es esencialmente una ficción a la cual el genio confiere la vida. Si la novela llega a ser historia, no es porque sus elementos hayan sido extraídos de la historia, o más simplemente, tomados de la realidad; es que un hombre tuvo el don de transformar en realidades sus intuiciones novelescas, y que estas realidades se colocaron en la historia al lado de las otras. Es así dado a cada uno poder extraer de las creaciones novelescas, como de la realidad, lo que conviene a las curiosidades particulares de su espíritu, sin que el autor se haya propuesto esto sino por el solo hecho que ha logrado crear la vida. «Balzac ha creado un mundo sin que se propusiera probar nada» ha escrito Mauriac. Yo quisiera agregar: movido por el solo deseo de engendrar la vida y guiado por el don que para ello tenía.

Tocamos aquí otro punto esencial de la cuestión que nos preocupa. Es, en efecto, la ilusión común a todos los falsos novelistas de creer que basta tomar un personaje de la realidad para conferirle la vida. Aun, he conocido a uno cuya falta de poder de imaginación era tal que no podía escribir una novela sin tomar como modelo un ser real, y sin implorar de este colaborador benévolo la misma documentación que si fuera a ser su historiador. Se concibe fácilmente lo que ha podido resultar de tal método. Nada podría, en efecto, remplazar en un novelista el poder de engendrar seres vivos. Y esto a tal punto que los más grandes tuvieron que someterse propiamente a la realidad de los personajes nacidos de su imaginación, aun antes que su genio los hubiera impuesto al público. A propósito de esto no puedo dejar de citar una anécdota de la vida de Balzac contada por Duvernois: «Un día que trabajaba, como de costumbre con su traje en desorden, un compañero entra en su cuarto de trabajo y le anuncia a Mme. Marneff, de la «Cousinne Bette» Balzac se anuda con esmero su corbata, pasa su mano coqueta sobre sus cabellos desgreñados y exclama: Hágala pasar! Ha hecho reír esta anécdota: se la debía admirar. Decid en voz alta el nombre de un personaje de una novela cualquiera: sonará a falso, nombre fantasma aplicado a un ser irreal. Hablad

de Modeste Mignon: inmediatamente un ser surgirá. Todo está ahí.

---

Sí, todo está ahí; y es solo después de una confusión que duró cerca de un siglo como algunos lo han advertido, o por lo menos, se sienten bastante sostenidos por la opinión para atreverse a proclamarlo. No debemos esperar, sin embargo, una liberación rápida de la novela. La aparente facilidad del género y la gran libertad que permite — para no hablar de sus provechos—retendrán por mucho tiempo todavía a los aprovechadores y a un buen número de escritores de méritos extraviados o muy voraces. Y, además, hay que agregar que no se trata solamente de la liberación de la novela sino que también de todos los otros géneros, más exactamente, del retorno de cada uno de ellos a su método propio y a su objetivo. La invasión de la novela por todos los otros géneros literarios tuvo, en efecto, como consecuencia una ofensiva de la novela, que pronto se extendió a todos los dominios del espíritu. Desde hace algún tiempo, los historiadores—y aquella parte del público que espera de sus escritos una verdad controlada—deploran las libertades que los novelistas se toman frente a la historia para sacrificarla a la moda muy reciente de las vidas noveladas. Los sabios, los psicólogos, y esos hombres, llenos de curiosidad y precisión, deseosos solamente de aportar observaciones nuevas, que son los viajeros, tendrían los mismos derechos para quejarse. La novela parece, en cierto modo, haber servido de excusa a la facilidad en todos los órdenes privando así de todo valor los más preciosos aportes—por la razón, bien sencilla, de que el novelista cuya facultad propia es crear realidades nuevas, posee, con mayor razón, el derecho de deformar aquellas de que se ampara. De aquí que deba reconocerse que si la novela ha sido invadida por los otros géneros en el curso de los últimos períodos de nuestras letras, se ha vengado en buena forma, puesto que ha llegado a perturbar a todos los demás géneros.

«Fué un error del siglo XIX, escribe Jacques Bainville, haber hecho de la novela una obra de arte y quizás simplemente haber visto en ella una obra de arte. De este juicio sobre la novela, por lo demás demasiado sumario, hay que retener que las otras formas del pensamiento aspiran, hoy por hoy, a recuperar una independencia que ha estado comprometida durante mucho tiempo y que, por añadidura el público comienza a rebelarse contra estas dudosas mezcolanzas con que ciertos nove-

listas pretenden compensar su placer. Seremos así en gran parte deudores a este «gran público» al cual con tanta facilidad calumniamos de una vuelta al orden que todo deja entrever. «Vuelta al orden», es esta, creo, la expresión que conviene, pues no se trata, como es de imaginarlo, de una vana disputa sobre la prioridad de los géneros. Aun menos todavía debe atribuírseme la intención de desacreditar un género que fué el del más alto genio francés del último siglo. Nuestras reflexiones no se inspiran sino en el deseo de registrar en un momento oportuno, una disposición nueva de la masa, que parece coincidir con el voto de los mejores.

Que la novela sea un poco brutalmente retornada a su objeto y a sus medios por un público cansado de las pretensiones que este género sirvió durante mucho tiempo y que ahora exige e impone su gusto, no tiene por qué desalentar aún a los más modestos si tienen fe en su don de agradar. En cuanto a las consagraciones que algunos pretendían retirar de tal don, que se muestren solamente menos ávidos, y sobre todo que no esperen una gloria literaria durable de otra cosa que la que pudieren alcanzar dando nacimiento a seres vivos. Tal vez convendría agregar: «y que no envidien demasiado a un Balzac por haber poblado el mundo con sus creaciones, puesto que él pagó, como todo creador, su gloria con un verdadero renunciamiento a la vida».—BERNARD GRASSET.

## LA AUTOBIOGRAFIA DE MAHATMA GANDHI

**E**STE gran libro no es una Autobiografía en el sentido habitual, sea de narcisismo, sea de exhibicionismo moral que han practicado los más grandes escritores de Occidente Juan Jacobo y Tolstoy, para no hablar de los estetas de hoy.

Gandhi se ha defendido con energía, en su luminosa «Introducción» a su libro, fechada el 26 de Noviembre de 1925, cuya omisión lamento en la edición resumida por C. F. Andrews.

Este libro es un libro de acción y para la acción. Debería ser el breviario de todos los hombres de acción de hoy. No quiero decir que tuvieran que acomodarse a sus direcciones. El mismo Gandhi no lo querría; nunca ha pretendido ser una autoridad sino un ejemplo que la libre razón de los demás interpretará. Pero todos hallarán aquí una riqueza incalculable de enseñanzas por el hecho para obrar—sobre sí y sobre los demás—sobre los individuos y sobre los pueblos de hoy.